La Exposición de Chicago (III): Palacio del Brasil[1]

Eva Canel; edición crítica de Daniel González Gallego

El palacio que últimamente se ha inaugurado ha sido el del Brasil, que por cierto es el más hermoso o de los más hermosos que se levantan en la Ciudad Blanca. Noventa mil pesos ha costado y no lo pongo en duda, pues además de ser espléndido edificio, como puede verse por la fotografía que envío, están sus dos pisos cubiertos por riquísimas alfombras, que valen algunos miles de duros, dada su gran extensión.

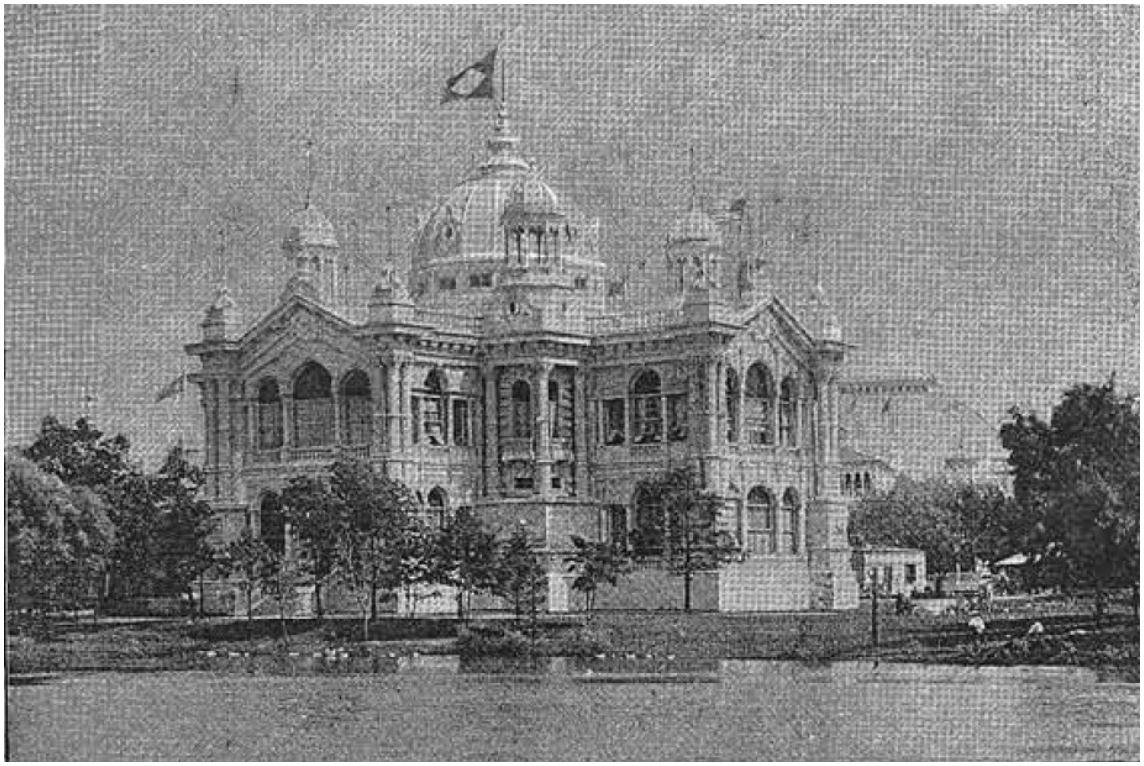

Ilustración 1. Palacio del Brasil.

Este palacio lo ha construido el Brasil exclusivamente para exhibir el café. Toda la planta baja está llena de tan exquisito grano, y parece mentira que a tan larga distancia hayan transportado enormes cantidades solo para regalarlo. Ninguna manera mejor de abrirle mercados. Al lado de su palacio ha levantado el gobierno brasileño un kiosco rodeado de mesas y de sillas donde sirve gratis café a todo el mundo desde la una hasta las cuatro de la tarde. Excusado es decir que acuden miles y miles de personas y que se aguarda turno. El servicio es elegante y esmerado, el café está bien hecho y es bueno; y el paraje delicioso, debajo de los árboles a orillas de un canal y sobre césped limpísimo y verde.

[1] Edición realizada a partir de «La exposición de Chicago (III). Palacio del Brasil», *La Ilustración Artística*, 18/09/1893, n.º 612, pp. 603-604.

¿No es acaso bastante para que acuda todo el mundo? Muchas personas se dan cita *en el Brasil*[2] a las dos y a las tres de la tarde.

Si la nueva república sudamericana se hubiese presentado dignamente en manufacturas, donde no tiene cosa digna de mención, podría decir que había quedado a grande altura. Con su edificio particular y con el derroche de café y azúcar se porta como si fuese imperio todavía.

La calle del Cairo

La calle del Cairo es una ramificación de Midway Plaisance, y Midway Plaisance una avenida donde han levantado sus edificios todas las naciones más o menos bárbaras, donde se canta en todos los idiomas con las músicas más extrañas y haciendo cuanto se puede inventar para atraer el público dentro de sus cafés, de sus teatros y de sus barracones. Allí están los bazares turcos y persas, las tiendas de los argelinos, las mezquitas de los árabes, las sinagogas de los judíos; todo se amontona en aquel mundo abreviado que se recorre durante una tarde, pudiendo pasar del teatro javanés a una aldea irlandesa, de aquí a las cuevas de los esquimales, y de estas a las infernales minas del Colorado.

En Midway Plaisance está la calle del Cairo, una calle cerrada en la cual se paga para entrar, con sus casas perfectamente hechas y su alta torre adonde el muecín[3] sube para cantar las oraciones de su religión como si estuviese en pleno Egipto. Los vecinos de esta calle se han posesionado de ella tan a la perfección que cuesta trabajo al visitante darse cuenta del lugar en donde se encuentra. Todas las plantas bajas están ocupadas por tenduchos donde se venden baratijas a montones y tapices de todos tamaños, tejidos con hilo de oro. La mayor parte de estos tapices reproducen la figura de Colón, el ángelus o las carabelas.

En la calle del Cairo hay burros y camellos enjaezados que sin cesar corren y trotan de un extremo a otro produciendo sustos, gritos y carcajadas según quien los cabalga y cómo. Algunos porrazos suelen llevar los *yankees* y las *misses*[4], cosa que nos hace perecer de risa a los españoles, pues nada pienso ver más ridículo que un hombre y una mujer afianzados con uñas y dientes a la montura de un camello: el hombre con los pantalones encogidos; la mujer, impávida, enseñando hasta la rodilla, sin rubores ni cortedades; y los dos ajenos completamente a la rechifla de los viandantes.

Y esto no lo hacen una ni dos ni veinte personas, no, señor. Se remudan a cada vuelta las parejas, pero el espectáculo subsiste los días enteros, las semanas y los meses.

Los ejercicios de equitación en burro presentan diferente aspecto. Por regla general montan en los borriquitos mujeres solas, pero como la montura sobre ser pequeña no ofrece comodidades y los animalitos pegan brincos trotando. Los árabes, que trotan a pie al igual de los burros, abrazan a las escrupulosas y púdicas *misses* por la cintura y recorren así todo el trayecto. Algunas más miedosas rodean con su brazo el cuello del espolista.

¡Y cuidado que están sucios los tales árabes!

---

[2] En cursiva en el original.
[3] *Muecín*: en la cultura islámica, encargado de convocar al pueblo en la mezquita para orar. «Muhecín» en el original.
[4] «Misis» en el original.

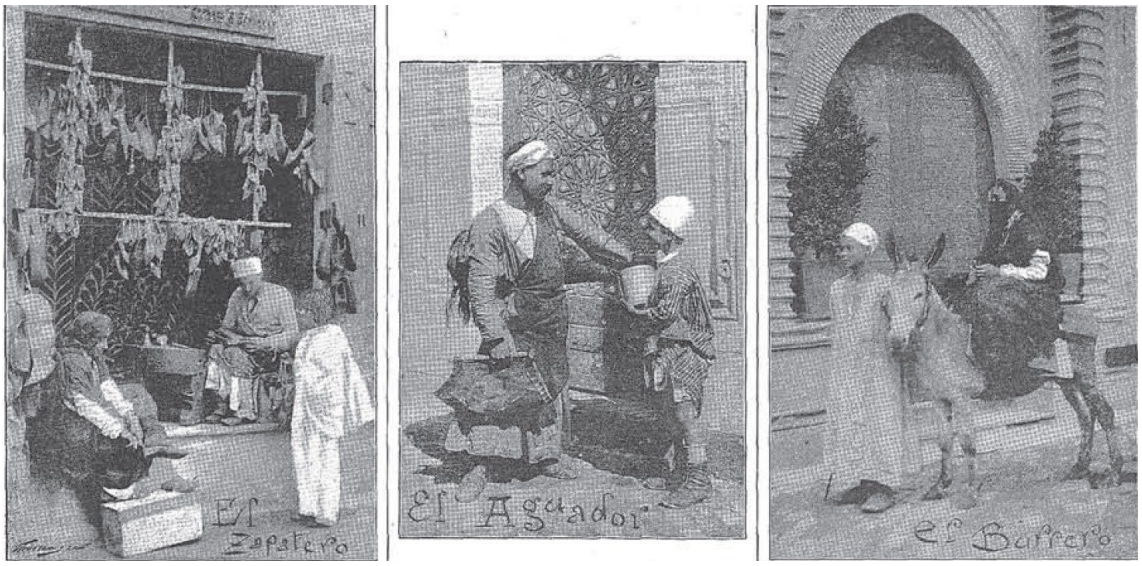

Ilustración 2. Algunos de los comerciantes y personajes que Eva Canel conoce en la Calle del Cairo, sita en la Exposición Universal de Chicago (1893). De izquierda a derecha y según los rótulos manuscritos: "El zapatero", "El aguador", "El burrero".

El Gran Zeibek[5]

Uno de los tipos más curiosos de Midway Plaisance es el Gran Zeibek, un turco de barba rubia que cuenta 62 años y que representa unos 35, a mucho que nos propongamos apurar la inspección de su fisonomía. El Gran Zeibek, cuyo curiosísimo retrato envío, es el jefe de guías en Esmirna; empleo que debe al sultán de Turquía, que lo distingue mucho por su adhesión y por sus conocimientos geográficos.

[5] *Zeibek/Zeybek*: milicianos habitantes de la península de Anatolia entre finales del siglo XVII y el siglo XX. Esta misma palabra se emplea en la actualidad para denomina una danza popular turca, tradicionalmente practicada solo por hombres.

Ilustración 3. El Gran Zeibek.

Zeibek lleva siempre sobre sí un arsenal como signo de su probado heroísmo en las infinitas batallas en que se ha encontrado. También ha peleado con el ejército inglés y está condecorado por la reina Victoria. Ostenta una medalla como prueba, orgulloso y poseído de su significación.

Zeibek habla los idiomas inglés y francés, a la perfección el primero y bastante bien el segundo. Conmigo estuvo finísimo, haciéndome unas cuantas zalemas[6] porque celebraba yo sus méritos y porque le compré la fotografía, que dicha sea de paso no las vende baratas.

Y no le falta razón: ¿acaso tenemos diariamente la oportunidad de conocer al Gran Zeibek? Me dijo que estaba en posesión de siete esposas, pero que solo había traído dos. Una de ellas, jovencita y no mal parecida, se me presentó. Estaba sencillamente vestida a la europea. Le pregunté si vivía en paz y santa calma con todas ellas y si su amor no prefería a ninguna.

¡Preferencias! ¿Quién dijo preferencias? Mahomet ordena que se las quiera por igual a todas, y las peloteras domésticas no tienen precedente, a decir de Zeibek, en los hogares turcos. En esta calle que yo llamo de las naciones hay muchos judíos que hablan nuestro castellano antiguo y que, a pesar de ser turcos, dicen ser israelitas españoles. Jamás he creído ver un grado tal de patriotismo atávico. Me han tratado con sin igual cariño, mostrándose contentos de oír hablar el *buen*[7] español. Uno de ellos, rico mercader y dueño de un bazar espléndido, me hablaba en impersonal con la mayor cortesanía.

[6] *Zalema*: reverencia o cortesía humilde, lisonja, zalamería.
[7] En cursiva en el original.

¿No merecen todo nuestro cariño estos seres que suspiran por la patria española en una época en que vemos algunas criaturas renegar del amor de sus padres?

Quedamos muy amigos el gran turco y yo, prometiéndole preguntar por él cuando vaya a Esmirna. Según Zeibek debe coincidir mi viaje con la Exposición de Constantinopla, proyectada para dentro de dos años. Ha quedado en acompañarme personalmente, dispensándome la honra de ser mi guía. ¡Allá veremos!

Chicago, 15 de agosto de 1893